



## ROSAURA LA DE TRUJILLO.

*Relacion de un caso lastimoso que sucedió á una incauta doncella llamada Rosaura, natural de la ciudad de Trujillo.*

Sobre una alfombra de flores  
cercada de hermosas plantas  
adonde las avecillas  
tienden sus pintadas alas,  
y con sus tripos alegres  
al Rey del cielo dan gracias;  
en aqueste prado ameno,  
en este eden de fragancias,  
en este sitio que encubre  
tantas afflictivas causas,  
de las que una os contará  
si el cielo me da su gracia.  
y porque sepais su nombre  
será preciso nombrarla.  
En la gran Sierra-Morena  
de tantos delitos capa.

amparo de aquel que ofende,  
defensa del que mal anda,  
me puse sentado un dia  
cansado de andar de caza,  
arrimado á un duro tronco  
discurriendo en cosas varias,  
quejoso de la fortuna  
que con rigor me maltrata,  
oí una voz lastimosa  
que sonaba en la montaña  
á orillas de un arroyuelo  
que con las breñas se enlaza.  
Estuve atento por ver  
si era de persona humana,  
y percibí que decia  
estas sentidas palabras:

«Tirano amor, pues tú has sido  
la causa de mi desgracia,  
dispara tus duras flechas  
contra el que así me maltrata.  
Amante falso y traidor,  
¿cómo me dejas sin causa,  
en tan terrible abandono  
y de la muerte cercana.  
Sacra Virgen del Rosario,  
mi patrona y abogada,  
alcanzadme que confiese  
porque no peligre el alma.»  
Puse carga á mi escopeta  
bien prevenida de balas,  
por el eco de la voz  
llegué á parar donde estaba  
una juvenil belleza  
á un duro tronco amarrada,  
desmelenado el cabello  
y de ropas despojada.  
Cuando ví tal hermosura  
quedé sin hablar palabra;  
viéndome ella suspenso  
de aquesta suerte me habla:  
Hega, mancebo, y no temas,  
pues soy una desgraciada,  
y mis pecados me tienen  
en el sitio en que me hallas;  
desátame y te diré  
mis penas, fatigas y ansias,  
y también los alevosos  
que son de mí mal la causa.  
Compadecido en extremo,  
mi fuerte cuchillo saco,  
rompo los gruesos cordeles  
que á aquel ángel sujetaban;  
me quité al punto el gabán  
y encima se le arrojaba,  
cubriendo sus blancas carnes,  
que con el sol se comparan.  
Mirando á un lado y á otro,  
ví que estaba en unas matas  
la ropa misma que fué  
de aquella desgracia causa.  
Ella suspira y solloza

pidiendo al cielo venganza  
y mirándola, la dije:  
por Dios, hermosa Diana,  
os suplico por la Virgen,  
que me digais lo que pasa;  
y agradecida responde  
con las siguientes palabras:  
«Habeis de saber, buen joven,  
que en Trujillo fuí criada,  
hija soy de un caballero  
que don Diego se llama  
de Castro, por apellido,  
que es de lo ilustre de España;  
mi madre, doña Isabel  
de Mendoza, es su prosapia,  
y por gusto de padrinos  
á mí me llaman Rosaura,  
tan amada en mis principios  
como ahora degradada.  
Vivia pared enmedio  
mas abajo de mi casa,  
un hijo de un labrador  
de hacienda algo moderada,  
mozo galán y valiente,  
discreto y de linda traza,  
que se llevó mi aficion  
y me amaba con ansia;  
mas como las cualidades  
del uno al otro no igualan,  
tuvo lugar una noche  
para escribirle una carta  
dándole á entender por ella  
que me saque de mi casa  
con sigiloso secreto  
y con cautelosa maña;  
mas el alevoso amante  
á un primo suyo le daba  
cuenta, que traidor é infame  
fué causa de mi desgracia.  
A los catorce de abril  
me sacaron de mi casa,  
bien prevenida de joyas  
y de muy costosas galas,  
como ahí presente veis,  
que ellas mismas lo declaran.»

Cinco días caminamos  
marchando á largas jornadas,  
hasta llegar á este sitio  
encubridor de mi infamia;  
aquí los dos desmontaron  
con intencion depravada,  
dara marchitar la flor  
que de algunos fué envidiada:  
ambos mancillan mi honor...  
Jesus, qué suma desgracial  
sin temer la justa ira  
del Señor que nos miraba.  
Luego el alevoso primo  
hizo que me desnudara:  
luego que en carnes me viera  
entrambas manos me ata,  
y sacando una pistola  
el fuerte muelle levanta  
para quitarme la vida,  
mas mi amante lo estorbaba  
diciendo: no quiera el cielo  
que, pues yo he sido la causa  
de que esta doncella pierda  
su honor, se cometa otra infamia:  
aquí la pienso dejar  
entre estas espesas matas,  
espuesta á las muchas fieras  
que por estas breñas pesan,  
y ellas le darán la muerte  
mal merecida y sin causa.  
Se fueron y me dejaron  
como la flor en la escarcha:  
tres días há que no como  
cosa que me dé sustancia,  
sino las amargas verbas  
que con la boca alcanzaba.  
Esta es mi historia, y te pido  
te duelas de mi desgracia  
y en tu compañía me llevar  
á la ciudad mas cercana,  
porque desde allí pretende  
el castigo de esta infamia.  
De la mano la tomé,  
y á una quinta la llevamos  
donde la di de comer

de lo que allí se encontraba:  
luego despues la ofrecí  
con mano leal y franca  
mi proteccion y el caballo  
que mas que el viento volaba  
y el valor de mi persona  
para ir en su compañía.  
Dispusimos el viaje,  
á Córdoba caminamos,  
y á la puerta del Rosario,  
(donde resolví dejarla),  
la eché los brazos al cuello  
y de esta suerte le hablabá:  
adios, jóven, quiera el cielo  
que sea tu dicha tanta,  
que logres tu buen deseo  
y despues la gloria santa.  
Ella respondió: manchado  
noble, la Virgen te valga,  
y tu leal accion premie  
el alto Rey de la gracia.  
Sentóse en el duro suelo  
aquella jóven incauta,  
aguardando por momentos  
la aurora de la mañana,  
para emprender animosa  
el intento que llevaba.  
Fué á casa de don Francisco  
de los Rios, noble rama,  
y á un criado le pregunta  
si está su señor en casa,  
y al punto le respondió:  
su merced está en la cama.  
Sin aguardar mas razones  
hácia dentro se entraba,  
y arrimada junto al lecho  
de aquesta suerte le habla:  
¿Conocereis, señor mio,  
á la que disteis el agua  
del bautismo allá en Trujillo  
y le pusisteis Rosaura?  
Habeis de saber soy yo  
la que nunca se criara,  
pues fui la mujer mas frágil  
que se ha visto en toda España.

Por fiarme del amor  
perdido mi honor se halla:  
mirad bien mi tierna edad  
que de quince años no pasa  
no mireis el mal sarmiento  
sino el árbol donde baja,  
que si lo considerais ( )  
cierto tomareis venganza.  
Dos viles me han seducido  
sacándome de mi casa,  
y han mancillado mi honor  
en Sierra-Morena... basta.  
Oyendo esto don Francisco,  
de la cama se levanta,  
y al punto manda á un criado  
que un caballo le ensillara,  
y antes de partir dispuso  
el dejarla con su hermana  
recogida en un convento  
que de Santa Isabel llaman.  
Camina para Trujillo  
con un criado en compañía;  
pretende entrar en secreto  
porque no se sepa nada.  
Fuese á casa de don Diego,  
afable le saludaba,  
y en seguida le pregunta  
por su querida Rosaura.  
Le respondió entristecido,  
don Diego, estas palabras:  
hará unos ocho días  
que se ausentó de mi casa,  
sin poder hallar persona  
que me diga dónde para  
la que de mi casa era espejo  
donde todos se miraban.  
En seguida don Francisco  
sacó del pecho una carta  
y se la dió á don Diego  
que al instante la tomaba,  
mirando el sobre-escrito

de puro gozo lloraba,  
porque conoció la letra  
de su querida Rosaura;  
pero dentro iba el pesar,  
que es cosa muy ordinaria  
no haber placer sin disgusto  
en aquesta vida humana.  
Abrióla, y viendo en ella  
los autores de la infamia,  
al señor corregidor  
del caso cuenta le daba.  
Al instante los prendieron,  
y sustanciada la causa,  
el juez con recta justicia  
á muerte los condenaba.  
Los meten en la capilla  
y llorando al Cielo claman  
pidiendo misericordia  
á la Virgen Soberana.  
Los sacaron de la cárcel  
pregonando por las plazas  
diciendo: esta es la justicia  
que por las leyes se manda  
ejecutar con los reos  
por su delincuente infamia.  
Llegados en el suplicio  
con humildad resignada,  
subiéronlos á lo alto;  
ellos con mortales ansias,  
antes de acabar el Credo  
á Dios entregan sus almas,  
y despues en los caminos  
sus cabezas son fijadas,  
para ejemplo de atrevidos  
y escarmiento de malvados.  
Luego el noble don Francisco  
dió vuelta para su casa,  
y Rosaura en un convento  
muy ejemplar vida pasa.  
Y aqui dan fin los sucesos  
de la infelice Rosaura.

MADRID.—Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal,

